

**NATALIA GINZBURG:** *La famiglia Manzoni.* Torino, Einaudi, 1983. 347 p. 22 x 14 cm.

En la nota inicial del libro la autora declara que ha tratado de reconstruir y recomponer por extenso la historia de la familia Manzoni a través del epistolario y de datos notorios. Una historia que

ya existía diseminada en libros ahora imposibles de hallar y que desgraciadamente presenta huecos, zonas oscuras, ausencias. Por primera vez la Ginzburg ha escrito no un libro de invención, sino de recopilación, supeditado a otros libros y a documentos. Confiesa que al principio sentía sólo una indefinible curiosidad por ese destino familiar, pero que después por la influencia de personas que se habían ocupado a fondo del tema, nació en ella el deseo de conocer más de cerca y cabalmente la historia de los Manzoni. Así vuelve otra vez a reiterar el tema de la familia y escribe esta fascinante biografía cronológicamente dividida en dos partes: 1762 — 1836; 1836—1907; en total ocho partes dedicadas a ocho personajes de la familia. Acompaña al libro una serie muy interesante de reproducciones de retratos y fotografías de todos los Manzoni y de sus más íntimos amigos; sigue una nota, la dedicatoria y, para facilitar la comprensión del lector, el árbol genealógico de la familia.

Natalia Ginzburg ha elegido la manera más insólita para escribir la biografía de un hombre excepcional como Alessandro Manzoni; no habla de él analizando sus obras y su trabajo creativo, sino lo observa en la intimidad de su numerosa familia (la madre, dos esposas, nueve hijos y un hijastro). La narración despierta siempre más el interés del lector porque a través de las cartas que muchos de estos personajes se intercambiaron, los va presentando sucesivamente en un lapso de tiempo que dura un siglo y medio, desde el nacimiento de la madre, Giulia Beccaria, hasta la muerte del hijastro Cesare Stampa.

Giulia, hija del famoso filósofo Cesare Beccaria, se caracterizaba por su índole viril, orgullosa, por su genio vivaz y agudo; a través de los años personificó el papel de amante fiel, de mujer arrepentida, de madre e inspiradora del poeta y de amorosa *grand-mère*. Giulia tenía un sentido firme de la realidad que le permitió vivir dramas conyugales, amores felices e infelices, crisis religiosas y al mismo tiempo administrar con valor casas, tierras y familia.

Enrichetta, la primera esposa, era un ángel de ingenuidad y simplicidad, operosa, activa, a pesar de los embarazos y de las enfermedades; siempre lista para actuar en el ámbito familiar, para defender y ayudar al marido, para proteger a la suegra, para consolar a sus hijos. Por 26 años fue el alma, el sostén de toda la familia, el ejemplo, la felicidad. Sus cartas suaves, aparentemente sentimentales, revelan una piedad ardiente, sobria y severa, la conciencia de ser indigna de la gracia no merecida de Dios.

Claude Fauriel, que se destacaba en los círculos intelectuales franceses por su ingenio y su cultura, ejerció una influencia determinante sobre el joven Manzoni. Nació entre los dos una amistad

de tipo romántico, una relación muy estrecha que se solidificó a través de una íntima y constante correspondencia de ideas y sentimientos. Con el tiempo la amistad se transformó en una relación fría y formal y a partir del otoño de 1825, cuando de improviso y sin una palabra de adiós, Fauriel partió de Milán, las cartas inexplicablemente se interrumpieron y los dos no se encontraron más.

Giulietta, Vittoria, Matilde, tres de las hijas de Manzoni, protagonizan tres importantes partes del libro, pero la verdadera protagonista aquí es la muerte que, como en una oleografía romántica, no se cansaba de visitar esa casa. Giulietta, Cristina, Clara, Sofia y Matilde, la más chica, una dulce muchacha melancólica y soñadora, todas murieron muy jóvenes, víctimas de la tuberculosis, de las sangrías, de las sanguijuelas, de los purgantes, de curaciones y dietas equivocadas. Y de los hijos varones, dos, Enrico y Filippo, abúlicos, pasivos, megalómanos, mentirosos, llegaron a la extrema degradación de su existencia, haraganes y pordioseros.

Teresa Stampa, la segunda esposa de Manzoni, con su sentido vital, colorido, típicamente 'lombardo' de la realidad cotidiana, logró atraer la recelosa frialdad del marido. Era una mujer siempre enferma que el escritor supo amar con constante solicitud, cariño casi paternal, a pesar de sus manías que podían volverla insoportable.

Estos son los personajes más importantes de una complicada historia familiar, pero la escena está inevitablemente dominada por Alessandro Manzoni. Este hombre, débil de nervios, tortuoso en su intimidad, sumamente complicado, frente a las desgracias y a las enfermedades rehusaba la verdad hasta lo último, trataba de borrarla de su mente. Después, agachaba la cabeza, aceptaba la voluntad de Dios como si descubriera en todo esto una oculta misericordia. Volvía con calma a su vida normal, inexplicablemente insensible y frío. La Ginzburg destaca su discreción, el control, la reserva de sus sentimientos; para ella el silencio, la aparente indiferencia frente a la suerte de sus hijos pueden sólo explicarse como signos de un equilibrio espiritual, de un autodomínio conseguido a través de la más cristiana resignación.

La autora ha logrado reconstruir la vida de esta familia con rigor, apoyándose en documentos, cartas, testamentos, epígrafes, retratos, tratando de evitar innecesarios comentarios de tipo psicológico. Las estructuras lingüísticas, lineales, coloquiales, simplificadas en el léxico y en la sintaxis, permiten una lectura ágil y grata.

Esta historia familiar, parecida a una novela del siglo XIX del cual mantiene la atmósfera, el clima, las costumbres y también las deficiencias, nos deja a nosotros lectores, hijos de este pujante y

progresivo siglo XX, llenos de tristeza y melancolía.

*Isolina Dovara de Varoli Piazza*